

# Imparable

Tefi Riera



**IMPARABLE**

# Capítulo 1

Llevaba mucho tiempo pensando en que pronto llegaría el día; pensaba como de costumbre, pero esa vez mucho más intensamente. En algún momento asumí que no podría evitar que mi imaginación me mostrase una catástrofe, pero era más desesperante tener que reconocer que tampoco podría escapar del evento que rondaba en mi cabeza.

Esperaba poder decir, como con cualquier otra situación superada, uno de los lugares comunes de mi vocabulario: "no fue tan difícil como pensé".

Me levanté al día siguiente con la voz de mi padre llamándome. - Hija, levántate que ya es la hora - me decía, al tiempo que se sentaba en la orilla de mi cama mientras le respondía: - no quiero ir.

Tuve un fugaz recuerdo de mis días de colegio, sobre todo el primer día, el más bochornoso, el que todos superamos, aunque algunos con más dificultad que otros.

Noté la enorme pesadez en mi cuerpo e inmediatamente traté de que eso no fuera el motor de mi renuncia al viaje, no quería engañarme a mí misma inventando cualquier excusa para no ir, sabiendo en el fondo cual era la verdadera razón.

Salimos de casa, sin demasiada prisa. Parte de mí quería llegar tarde y excusarme mediocrementemente con que al menos lo había intentado. Todo el protocolo que correspondía pasó rápidamente. Al momento de ser llamada para entrar en la zona de embarque, la tensión de mi cuerpo aumentó exponencialmente.

Mientras me despedía de mi padre le escuché decir: - Estoy muy orgulloso de ti. Yo aun creía que no veía la magnitud de la importancia que tenían para mí los próximos 45 o 60 minutos. Pero para mi sorpresa, él sabía que afrontaba algo importante. Uno de mis mayores temores: Volar en un avión.

Con la sonrisa de la mujer que verifico mi boleto, me adentre a buscar mi puerta de embarque. Era la puerta número 05.

Mire los carteles, comenzaba a notar los nervios en mis piernas. "Puerta 05" leí en uno de ellos. Baje las escaleras mecánicas y ahí estaba la sala de espera.

Sillas de metal frías. Gente impaciente. Sentí el alivio de que no había ningún niño llorando. Aquellas eran cosas que probablemente no notamos en un estado de ánimo más ligero, pero la tensión del momento las hace

mucho más notorias.

"Pasajeros del vuelo 927 con destino a El Vigía, favor formar una fila. Todos aquellos que vayan de la fila 1 a la fila 15 permanezcan sentados"

Miré mi boleto, "Número de asiento: 23C", era la hora de abordar. Disfrutaba de suficiente lucidez como para darme cuenta de que hubiera sido más sencillo pedir que formaran los de la fila 15 a la última; una tontería, ¿cierto? Pero yo intentaba concentrarme en cualquier otra cosa que no fueran las imágenes mentales de una catástrofe o la exagerada sensación física de caer en picada al vacío.

Tomamos un bus que nos llevaría hasta el avión. Por la cantidad de gente, fui la primera en abordar el segundo autobús. Todo era falsa calma calma, falsa paz, mientras me repetía mentalmente que yo soy muy fuerte, que podía afrontarlo.

El avión me parecía mucho más pequeño de lo que recordaba la primera vez que subí a uno. En mi mente era un aparato gigantesco, enorme, un monstruo que quería devorarme y llevarme a través de mis peores pesadillas.

No tardamos nada en subir y nerviosamente comencé a pasear mis ojos por los números y letras que señalaban los asientos. Fila 23 asiento C. Un suspiro escapó de mí al notar que no me tocaba sentarme del lado de la ventana para observar en primer plano mi propio final. Ya había superado la cantidad de nervios necesaria para hacerme sudar, mordirme las uñas e hiperventilar.

De repente todo el proceso aceleró y nos pusimos el cinturón de seguridad, escuchamos las instrucciones de la azafata, coloqué música en mis auriculares dejando un oído libre y sentí los motores encenderse. Realmente estaba sucediendo. Iba a volar en un avión.

Vi gente cerrando sus ojos para descansar un poco, las azafatas se sentaron para ponerse seguras durante el despegue y comenzamos a movernos.

-Ya no hay marcha atrás. Vamos, tú puedes, eres imparable - me decía a mí misma. No quise mirar por la ventana así que miré hacia el frente mientras mi mente solo me recordaba que el despegue y el aterrizaje son las partes más peligrosas de un vuelo.

Se sentía como una carretera con muchos baches, podía ver a las azafatas hablar con mucha tranquilidad, ¿todo estaba bien o ya estaban acostumbradas a temer por sus vidas? Mientras más acelerábamos, más difícil era despegar mi espalda del asiento, como si quisiera escapar y no

pudiera moverme.

Todo en el avión sonaba. Las turbinas, celulares apagándose, el aire chocando contra las alas del avión. Aferré mis manos a los posabrazos y luego, como si no lo estuviese esperando: El vértigo de despegarnos del suelo. El avión subía, se movía un poco de los lados y mis piernas temblaban, mis manos sudaban. Dentro de mí se libraba una batalla entre la ansiedad y el raciocinio, pero probablemente solo yo era capaz de notarlo.

Me agarré tan fuerte que mis dedos entumecidos comenzaban a doler. - Aquí estás, lo estás haciendo - me dije. Intente hacer conciencia sobre mi propio cuerpo y solté las manos, coloqué los pies juntos, coloqué la espalda recta en el asiento e intenté respirar un poco más lento.

Pasaban los segundos que se sentían como horas, era otro encuentro de tantos con la relatividad, y al momento en el que se apagó la señal de los cinturones de seguridad volví en mí misma. Mi cuerpo estaba ligero como una pluma, estaba agotada físicamente, había drenado todas mis energías en intentar mantener la compostura. Sin embargo, emocionalmente se sentía como si acabase de obtener un poder ilimitado, podría haber enfrentado cualquier otro desafío en ese momento de extrema seguridad y juro que lo habría logrado sin dudarle ni un segundo. Me sentí como dentro de una película, con soundtrack incluido y claramente yo era la protagonista.

De pronto, me atreví a ver hasta donde llegaba mi calma y sentí un infinito éxtasis al acercar mi rostro a la ventana y mirar las nubes bajo mis pies, no era como nada que mi mente fuera capaz de imaginar por sí sola, me pareció hermoso. El sol brillaba entre las nubes, el cielo era de un celeste brillante. Con cada minúsculo movimiento del avión, mi cuerpo se sentía más parte de él, yo formaba parte del vuelo como si hubiera nacido para ello.

En el aire, en ese pequeño instante, nada más podía perturbarme.

Ese día gané algo más que afrontar uno de mis mayores temores. Gané una sensación de seguridad en mí misma que me acompaña en cada reto que me propongo superar.

Ahora soy imparable.